

Los párpados del cadáver

Profesor Dr. RICARDO ROYO VILLANOVA

Catedrático de Medicina Legal de la Facultad de Medicina. MADRID

SOSTIENEN algunos autores, fundándose o inspirándose quizá en antiguos estudios, doctrinas y apreciaciones sobre los estados de ánimo que la observación atenta de estos anejos oculares del que acaba de fallecer, podría revelarnos el suplicio o la delicia del morir. Podría descubrirnos, traducirnos, los secretos de las angustias, de las dichas, de los dolores de los gozos y de otras situaciones emocionales en que le sorprendió la muerte y hasta de la enfermedad o proceso morboso que produjo el fallecimiento. Los sentimientos que han vivido largamente con nosotros, acariciándonos o torturándonos, o que, aun cuando sea por poco tiempo, lo han hecho intensamente, dejan en nuestro cuerpo huellas más o menos fijas de su presencia o de su paso.

Así, se ha hablado de párpados semiabiertos o semicerrados que denotarían sufrimiento, de párpados abiertos con expresión de indiferencia, de fríos, pálidos, translúcidos párpados cerrados, con indicación de naturalidad. Veamos, pues, algunas de las significaciones que se han dado a los ojos más o menos entornados, más o menos cubiertos o descubiertos de los que acaban de fallecer y la ambivalencia del fenómeno, y que son susceptibles de aplicación médico-legal, de interpretación médico-forense, más que para el diagnóstico diferencial entre la muerte real y la muerte aparente, como se hizo en otro tiempo, para la determinación del estado anímico en el momento de la defunción, y que, en ocasiones, tendría extraordinario valor para el esclarecimiento de ciertas cuestiones judiciales.

* * *

Dígase lo que se quiera, la verdad es que unos, la mayoría, mueren con los ojos perezosamente entreabiertos, o apáticamente semicerrados, o como entornados trabajosamente, inexpressivamente. Diríase que aún tantean en la oscuridad, en marcha hacia la muerte, o que con el rabillo del ojo contemplan con curiosidad, ya desinteresada, la tragicomedia que se desarrolla a su alrededor. Mas se ha de recordar, se ha de considerar, se ha de tener en cuenta a este respecto la presencia de ciertos factores patológicos que invalidarían tal interpretación afectiva, toda significación emocional, como, por ejemplo, la imposibilidad de cerrar completamente los ojos en la miopatía progresiva tipo Landouzy-Dejerine, síntoma que es característico de la facies miopática. Salvo estas y otras circunstancias propiamente morbosas y la que es natural cuando se mira desde lo alto, parece como si el sujeto, al final de su vida, se hubiera esforzado torpemente por salir de la modorra, de la vaguedad, de la ligereza, de otro estado semejante, parecido, análogo, o para no caer en él.

Por lo común, los párpados de los que acaban de morir suelen estar a medio cerrar o a medio abrir, como formando una fisura, una rendija, una grieta por la que acabara de escurrirse el alma. Cuenta Infessura, según refiere Oscar Wilde, que, en 1485, los obreros que excavaban en la Vía Apia encontra-

ron un antiguo sarcófago romano con esta inscripción: «Julia, hija de Claudio.» Al abrir el cofre hallaron entre sus flancos de mármol el cuerpo de una linda muchacha de unos quince años de edad preservado de la corrupción, de la ruina por un hábil embalsamador; sus ojos estaban entreabiertos. Lamartine se refiere a los párpados a medio caer. Se muere también con los ojos bajos de la alegre humildad.

Por el contrario, se ha dicho que este aspecto de los párpados daría a la fisonomía, a la facies del cadáver reciente, no pocas veces, una expresión melancólica, o de sufrimiento, o de desconfianza, o de traición. Podría interpretarse el hecho en el sentido de que, tras la lucha de la vida con la muerte, cuando ya la victoria está decidida a favor de esta última, tan débil, tan agotado se encuentra el moribundo, que al ir a cerrar los ojos para siempre el esfuerzo le habría acarreado la muerte, quedándose a medio cerrar, sin poder llegar a ocluirlos del todo. Ramón Gómez de la Serna ha definido la muerte en los siguientes términos: «Quedarse sin fuerzas para cerrar los párpados.» Por lo que se refiere a este aspecto de los párpados en el vivo, al igual que ocurre con los labios, con las mandíbulas y otras partes del rostro, hay también párpados pesados, con significación de ocio, molicie y malas costumbres, con significación sexual. Bien conocida es la expresión de esos párpados entornados, sutilmente emponzoñados de erótica languidez, expresión que podría quedar como fijada al morir el sujeto en virtud de esos fenómenos de rigidez precoz, precocísima, instantánea, llamados de rigidez estatuaría, de espasmo cadavérico.

* * *

Se muere con los ojos abiertos, muy abiertos, como para saciarse del último espectáculo del mundo que se acaba de contemplar, y quién sabe si se sigue contemplando en cierto modo y manera, durante más o menos tiempo, después de haber exhalado eso que llamamos el último suspiro. Hay quien muere con los ojos extremadamente abiertos, como si se hubieran disipado de pronto, súbitamente, bruscamente, las postreras oscuridades de esta vida, los últimos secretos, misterios y enigmas de la existencia terrenal, con los ojos espasmódicamente abiertos, fija la mirada en todo y en nada: «Muchas cosas aparecen ahora claras, más claras a mi vista» —exclama Cristóbal Federico Schiller momentos antes de morir.

Los ojos desmesuradamente abiertos podrían significar un sentimiento de rebeldía, de protesta, de lucha contra la muerte y contra el mal. Sería tal vez la lucha contra el sueño, traduciría la energía desplegada para mantenerse despierto, el esfuerzo por seguir con los ojos abiertos. Así se suele representar y describir en vida al vanidoso, al soberbic, al orgulloso, marchando erguido, con los ojos abiertos, que jamás dirige hacia el suelo, ni aun mirando desde lo alto. Señalarían también otras postreras emociones, como el temor, el espanto, el pavor, en



las que los ojos de uno permanecen ampliamente abiertos porque le absorbe el intenso pensamiento dominante, y hasta descuida u olvida la necesidad de parpadear. Se han descrito párpados brutalmente separados, en tensión, por el odio y la ira.

Podrían indicar, igualmente, una actitud de valentía, un gesto de valor, como una prolongación vital, *postmortem*, de la inhibición del parpadeo en los momentos de terror o ante la amenaza de un riesgo inminente, según el dicho vulgar de que el hombre valeroso no pestañea, no parpadea ante el peligro, dominando con poderosa voluntad el movimiento, la inclinación instintiva, la tendencia refleja a cerrar los ojos. En este sentido se ha señalado la separación palpebral en muchas muertes violentas, y hasta se ha considerado por algunos autores como un signo patognomónico o poco menos de las mismas.

En lo que atañe a la patología de los ojos abiertos, franca, exagerada, morbosamente abiertos, la semiología palpebral registra el típico acento de asombro o de miedo de la mirada de los hipertiroideos por la retracción del párpado superior, que casi se oculta debajo del reborde orbitario, retracción que, según MARAÑÓN, es el elemento fundamental que contribuye al conjunto expresivo del ojo hipertiroideo, de las facies hipertiroideas. Lo mismo se observa, aunque menos ostensiblemente, en estados parkinsonianos, postencefálicos y seniles. Por lo que se refiere a otras significaciones, no olvidemos los ojos bovinamente abiertos ni los tremendamente abiertos como facies grotescas, también de significación patológica, aunque no siempre.

En otro sentido, todos hemos visto ojos completamente destapados y transparentes de los que murieron en olor de santidad, felices, dichosos, en brazos del divino amor, llenos de clara, precisa y confiada esperanza, maravillosamente quietos, en indecible apacibilidad, en gratísima sorpresa celestial, en el momento inenarrable del supremo, del sublime encuentro. Recordemos la extraordinaria imagen del Cristo de la Expiación, de Triana (Sevilla), obra del escultor Ruiz de Gijón, de gran patetismo, en la que los ojos rasos, completamente rasos de la imagen, expresan la muerte del justo. Dicen los críticos que el artista trató de representar el momento de la muerte, el momento final de esta vida e inicial de la otra, el momento mismo de expirar el justo, el instante final de la agonía en el umbral de la muerte del santo. Los ojos de esta y otras imágenes del Crucificado nos dirían que el Salvador expira alzándose contra la violencia y la muerte.

Conocida es la expresión de dulce arrobamiento en dulce meditación y plegaria, la expresión del éxtasis que se suele traducir en los ojos abiertos, con la mirada fuertemente dirigida hacia arriba, porque de lo alto viene la luz, y en lo alto está la divinidad. Hay quienes mueren, más que con la sonrisa en la boca, con la sonrisa en los ojos, que es la verdadera buena sonrisa. Felices los que mueren con los ojos diáfana, serenamente desembarazados de todo, iluminados por un raro y claro resplandor que parece llevar y guiar la mirada a través de las nubes hacia el cielo, fija en la faz de Dios para siempre, para ya no separarla jamás, para toda la eternidad.

* * *

En términos generales, y como introducción a este punto, diremos que quizá no sea necesario tener los ojos abiertos para que se patentice el carácter de una persona, el cual carácter podría también declararse en los párpados cuando aquéllos estuvieran cerrados. Los párpados estrechos, los amplios, los gruesos, los finos, los en paréntesis, las diferen-

cias entre el superior y el inferior, las formas, tamaños y diversas características individuales y personales de uno y otro, tendrían su significación clínica y psicológica y podrían revelar muchas cosas si se observan y analizan cuidadosamente.

Cifándonos al tema concreto que tratamos, bien sabido es que a veces, no raras, se muere con los ojos cerrados. Sería la misma muerte la que bajaría definitivamente, para siempre, los párpados. Así se expresa en el verso de Quevedo: «Podrá cerrar mis ojos la postrera...» Con los ojos cerrados está uno más proporcionado con la muerte, con proporción más adecuada que cuando los tiene abiertos. Los hay que los cierran por completo, plácida y espontáneamente, al morir en no pocos casos, como si fuera un gesto instintivo, un movimiento reflejo de defensa.

Así, se ha señalado la oclusión completa en los cadáveres de los suicidas, lo que se explicaría a veces por fenómenos de espasmo cadavérico, de una rigidez precocísima de esa parte del cuerpo, según hemos apuntado antes, al igual que puede localizarse en otras, como sucede, por ejemplo, en los que se han dado muerte con arma de fuego, cuyos cadáveres mantienen firmemente empuñado el revólver o la pistola. Algunos de estos ojos se cierran como si en un momento, bruscamente, se hubieran derrumbado la voluntad y el valor, o cual si fuera un triste, lamentable recurso de falsa prudencia, de engañosa astucia para rehuir el combate, para tender un velo espeso sobre sus verdaderos rostros y sus verdaderos pensamientos. Tanto los suicidas como otros que no lo son, pero que, igualmente cierran espontáneamente los ojos al morir, los mantendrían así, espasmódicamente o no, mientras el sueño temporal se convierte insensiblemente en sueño eterno, y en esa posición los fijaría la rigidez cadavérica.

Pensemos en los párpados caídos, cerrados, de los que quieren dormirse, de los que se están durmiendo, de los que no se quieren despertar. Consideremos que tal es la actitud que se da a los ojos cuando se quiere representar con más intensidad que con los ojos entornados la imagen de la calma y el sosiego. Recordemos que tal es el gesto de la más alta humildad, el de los que no quieren, el de los que no se atreven a mirar a nada y a nadie y los apartan y separan fuertemente de todo. En el terreno patológico, tenemos los párpados engrosados de los cretinos, que se cierran pesadamente y que les dan ese estúpido, perezoso y placentero aspecto; los párpados caídos de la miastenia grave, de la tabes dorsal. De otra parte, lo mismo que se abren los paraguas, igualmente, para aguantar chaparrones, se cierran los párpados.

Por lo que se refiere al diagnóstico diferencial entre los ojos cerrados de un durmiente y los ojos cerrados de un muerto, la cosa es fácil, ya que en el primero, tras los párpados tendidos, más o menos abombados según la protuberancia de los globos oculares, se advierten éstos con su volumen o tono normal con el que tienen cuando están despiertos, mientras que en el segundo, al faltar a los párpados el apoyo que ofrece el bulbo turgente, dada su flacidez y hundimiento *postmortem* en las órbitas, tales anejos penden más, caen más verticalmente, diríase que flotan en el rostro. Sin embargo, es muy probable que sea todo un conjunto de elementos mínimos, difíciles de captar y analizar, algo singular, lo que nos da la impresión tan diferente que produce un cadáver con los ojos cerrados de los de un sujeto que duerme con tranquilidad, plácidamente. Los hay que los aprietan fuertemente, enérgicamente, en el supremo trance, como si quisieran apartar

los ojos de algo tremendo, espantoso, de terribles visiones.

Mas sea por las causas que sean, y cualquiera que sea la significación que se quiera dar al fenómeno, lo cierto es que los que mueren con los ojos cerrados, con los párpados del todo descendidos, como sumidos en profundo, en profundísimo sueño, tanto si es feliz como si es atormentado, ahorrarian a los que les rodean en el momento de morir, a sus deudos y familiares o amigos, el secular gesto, el penoso deber de tener que cerrarlos con sus manos. Los párpados cerrados dan más vida a la muerte, nos dan la sensación de que es más real y verdadera.

* * *

Se ha de tener en cuenta de todos modos la ambivalencia del fenómeno en cualquiera de las variedades a que nos hemos referido, que pueden expresar emociones distintas, diferentes, contradictorias, opuestas. En ninguna de ellas hay ninguna singularidad, ninguna significación específica. Lo mismo pueden ser señal de suicidio que signo de muerte natural, o de cualquier enfermedad, o de un plácido dejarse morir. La observación casuística demuestra que todas las eventualidades son posibles y aun probables a este respecto. El violento esfuerzo que re-

quiere un peligro extremo se traduce, puede traducirse, en los párpados, sea para abrirlos, sea para cerrarlos, sea para entornarlos.

El estado de los párpados, sea tendidos, sea replegados, sea a medias entre lo uno y lo otro, no siempre guarda una estrecha, característica, específica relación con la última y dada motivación emocional de la vida, en el momento del óbito. Tal sucede, por ejemplo, con el miedo, cualquiera que sea su grado, intensidad o modalidad. Unas veces se cierran los ojos, sobre todo si la emoción es rápida, súbita, como si se previese el riesgo, el peligro, a fin de protegerse de la injuria exterior que amenaza. Mas la misma emoción obliga otras veces a los ojos, por instinto de defensa también, a permanecer abiertos, muy abiertos, para ver lo que pasa, para contemplar lo que ocurre en derredor, para ponerse en guardia, a la defensiva. Por lo demás, hemos de reconocer que hoy día, como siempre, pero quizá ahora más que nunca, hasta para morir haga falta tener los ojos abiertos, bien abiertos y avizores. De todos modos, insistimos, cualquiera que sea el estado de los párpados, nada nos dice con seguridad a primera vista, aunque puede servirnos de orientación, si bien en ocasiones puede significar cosas opuestas. Los designios de la Providencia son siempre impenetrables.